

El laico católico en las escuelas con proyectos varios

JESÚS SASTRE

INTRODUCCION: «REALISMO ESPERANZADO»

El laico católico que se hace presente en el ámbito estudiantil pretende realizar sus propósitos e iniciativas como adulto cristiano y manifestarse como testigo de la fe en su ámbito profesional (cfr. GEM, núm. 8).

LG y AA 7 piden la intervención específica del creyente en la sociedad para trabajar en pro del «saneamiento de las estructuras del mundo», es decir, para tratar de poner los bienes al servicio del hombre y para que sean mejor repartidos (LG 36).

La presencia cristiana siempre tiene que ser crítica, esto es, debe ayudar a esclarecer los signos de los tiempos desde la utopía evangélica que pretendemos actualizar en el momento socio-cultural que vivimos. La misión de la comunidad cristiana y de la institución escolar es la de ayudar a los padres a cumplir el derecho y el deber que la familia tiene a educar a sus hijos. Siempre hemos entendido por educar el desarrollo lo más completo y armónico posible de todas las facultades de la persona humana que existen en potencia en cada uno de nosotros. En nuestros días se insiste de forma especial en algunos aspectos educativos a los que nos han sensibilizado más las circunstancias actuales y que en otros tiempos no muy lejanos han sido ignorados o postergados. A modo de ejemplo significativo podemos citar los que siguen:

- La escuela debe sensibilizar ante las injusticias y favorecer la promoción de todo lo que es justicia, paz y convivencia.
- El profesor debe sentirse más educador que mero transmisor de conocimientos y cosmovisiones ideológicas que defienden, en muchos casos, la situación establecida.
- El aula es el lugar privilegiado para buscar la verdad dentro de un cierto estilo profético.
- Las clases de F. Religiosa y los actos religiosos más o menos masivos no agotan la misión religiosa de la escuela, ni siquiera constituyen su mejor parte.
- Las comunidades educativas no existen, de hecho ni por derecho, simplemente; es necesario crearlas desde el grupo que se abre a las relaciones interpersonales y termina sumiendo como tal un proyecto educativo. En palabras de Pablo VI, formar hombres que hagan realidad la «civilización del amor»¹.
- Primacía del contacto directo y personal con el alumno. Se educa más por el modo de estar y relacionarse con los niños y jóvenes que por lo que se dice o enseña.

El núm. 24 del Documento de la Sagrada Congregación para la Educación Católica, Roma, 1982, *El laico católico, testigo de la fe en la escuela*, define así al educador cristiano:

«El educador laico católico es aquel que ejerce su ministerio en la Iglesia viviendo desde la fe su vocación secular en la estructura comunitaria de la escuela, con la mayor calidad profesional posible y con una proyección apostólica de esa fe en la formación integral del hombre, en la comunicación de la cultura, en la práctica de una pedagogía del contacto directo y personal con el alumno y en la animación espiritual de la comunidad educativa a la que pertenece y de aquellos estudiantes y personas con los que la comunidad educativa se relaciona.»

En esta definición estarían de acuerdo prácticamente todos los educadores cristianos. El problema no es precisar a nivel teórico y con fórmulas claras y distintas lo que «somos» o «queremos ser»; el problema está en si podemos ofrecer realizaciones concretas y esperanzadoras, desde la realidad compleja de nuestro mundo, que manifiesten la coherencia entre lo que decimos y ofrecemos. Los cristianos sólo podemos entregar y exigir a los demás aquello que vivimos hacia dentro de nuestras propias instituciones y comunidades. Como profesores creyentes se nos pide síntesis entre fe - cultura - vida, y «comunicación orgánica, crítica y valorativa de la cultura». ¿Poseemos esta vida y estamos concientizados de estos valores evangélicos en nuestras co-

¹ Discurso del 25-XII-1975, AAS 68 (1976), p. 145.

munidades cristianas? Aquí está el reto y la condición de credibilidad de lo que decimos y realizamos.

I. RASGOS ESPECIFICOS DEL LAICO CATOLICO EN LAS ESCUELAS CON PROYECTOS EDUCATIVOS VARIOS (Documento nn. 47-52)

En las escuelas con «pluralidad manifiesta», la exigencia a la que no puede renunciar el laico cristiano —y por la que debe luchar en caso de no existir— es que se respete al hombre en toda su amplitud y dimensiones, es decir, como ser personal, libre y solidario. Quizá motive al creyente adulto el saberse casi como la única presencia eclesial en estos ambientes educativos. Su tarea como profesor es impartir las materias desde la fe en un franco diálogo con la cultura para abrir al joven a la vida en todas sus potencialidades y posibilidades. El respeto y diálogo con las otras convicciones es el que hay que exigir para las propias creencias en un clima de agradable convivencia y eficaz cooperación.

«Por su seriedad profesional, por su apoyo a la verdad, a la justicia y a la libertad, por la apertura de miras y su habitual actitud de servicio, por su entrega personal a los alumnos y su fraterna solidaridad con todos, por su íntegra vida moral en todos los aspectos, el laico católico tiene que ser en esta clase de escuela el espejo viviente en donde todos y cada uno de los miembros de la comunidad educativa puedan ver reflejada la imagen del hombre evangélico» (n. 52).

Catechesi Tradendae, en el núm. 66, indica que el laico preparado para dar la Enseñanza Religiosa Escolar que asume esta función está realizando una forma eminente de apostolado laical. ¿No existe desequilibrio grave entre la preparación humana y religiosa de muchos profesores cristianos que de buena gana asumirían este ministerio eclesial de encontrarse más preparados en pedagogía religiosa? Aparte de esta formación teológico-pastoral básica, se necesitaría una formación permanente, pues educamos al niño y adolescente para el futuro.

1.1. Constatación de dificultades actuales:

- Los cristianos que trabajamos en centros con ideario cristiano y los que trabajan en centros públicos, somos testigos y protagonistas del problema planteado en torno a la enseñanza. Más que diálogo ha habido defensa de posturas —derechos e intereses—, que no propician la solución realista y evangélica del problema.
- Padres y educadores fácilmente damos por supuesta que nuestra respuesta como profesionales y como creyentes es óptima y no cuestionamos radicalmente lo que estamos haciendo. Corremos el peligro de confundir la realidad con el deseo y los principios con los hechos.

- No abundan los encuentros de creyentes que trabajan en el campo de la educación para reflexionar en clima de oración sobre el sentido, aquí y ahora, de la presencia del creyente en la institución educativa.
- Hemos perdido de vista el punto de referencia que como creyentes tenemos: Jesús crucificado, que no se identificó parcialmente con ningún grupo o interés, y que se esforzó por dar una respuesta nueva frente a lo establecido.

Nos falta el talante para buscar una respuesta desde lo más difícil y complicado de la tarea educativa; nos falta también la fe y esperanza para hacer un poco más real la utopía del hombre y sociedad nueva.

1.2. Hacer presente la Buena Nueva

La Asamblea General de la JEC, Oviedo, marzo-abril de 1980, en el punto 2.1 de ponencia «Reino de Dios y práctica militante en la escuela», decía, por boca de Pepe Nicolás:

«Nosotros tenemos como tarea principal luchar para que venga el Reino de Dios a la escuela. Esta es la razón fundamental de nuestra presencia militante en la enseñanza. Para ello necesitamos tener la misma idea de reino que tenía Jesús y trabajar por el Reino con las mismas actitudes que El lo hacía.»

Sabemos que el Reino de Dios no es estático, sino algo dinámico que afecta a toda la realidad —personal y estructural—, y que se realiza a medida que se cambia lo existente y aparece algo mejor por lo que se lucha y espera. Esta realidad nueva parte de la conversión personal y llega a todo lo que impide el proyecto de fraternidad entre los hombres. En este proceso, los pobres y marginados ocupan un lugar excepcional; la pobreza en toda la amplitud de su significado es lugar teológico para el cristiano y criterio inequívoco de que de verdad el Reino de Dios se está construyendo a medida que se libera a las personas que la padecen. Asumir esta visión y actitud supone en muchos educadores un cambio radical de mentalidad:

«La solución no es otra que recuperar el aliento mesiánico. Para ello es preciso cambiar el interlocutor: dejar el hombre -burgués (privatizado, racionalista, mediocre y autosuficiente) y buscar el hombre -popular (desprivatizado, solidario, abierto al futuro y guiado por la imaginación utópica). No es solución, sino tentación, el reducir el cristianismo a salvación interiorizante y de tonalidad gnóstica, formas muy apropiadas a todo género de religión vinculada a las clases sociales elevadas².

² M. VIDAL, *La preferencia por el pobre, criterio de moral*, Rev. Studia Moralia, Año XX/2 (1982), p. 279.

El primer reto al educador cristiano le viene del conocimiento real y la preocupación sincera por los problemas del mundo educativo. Aquí está también el compromiso de responder a los mismos. A modo de ejemplo citamos algunos de estos problemas más urgentes:

- desigualdad en la calidad de enseñanza entre el sector público y privado;
- niños sin escolarizar;
- jóvenes estudiantes sin previsiones de futuro;
- profesores sin estatuto jurídico que les permita participar realmente en el centro;
- juventud marginada que necesita atención en los tiempos paraescolares;
- pedagogía autoritaria y repetitiva;
- reducción de lo educativo a transmisión de conocimientos;
- olvido de los tiempos paraescolares y de las actividades complementarias;
- reduccionismo burocrático de la función tutorial.

El educador católico necesita conocer y comparar los diversos proyectos alternativos de escuela posible para discernir cómo ningún proyecto agota los valores del Evangelio y también para constatar que unos proyectos están más cerca que otros de estos valores cristianos. No podemos, acrítica y afectivamente, supeditar nuestro modelo de escuela al proyecto del partido con el que simpatizamos o en el que militamos. Tanto hay que desconfiar de aquellos que titulan sus proyectos democráticos y solidarios como de los que los amparan bajo el epígrafe del humanismo cristiano.

El termómetro que mide la calidad humana y cristiana está en los grupos de jóvenes que han aprendido en la convivencia diaria con nosotros a ser al mismo tiempo más flexibles, más justos y más preocupados por un cambio radical del hombre y de la sociedad según la utopía del Evangelio.

«Por eso, continúa Pepe Nicolás, ponencia citada, núm. 2.4—, con la misma libertad, sinceridad y valentía con que nos atrevemos a denunciar la ambigüedad de nuestra Iglesia en el tema de la enseñanza, es preciso afrontar el riesgo de ser también 'signos de contradicción' en medio de nuestros compañeros de la 'izquierda'. Al relativizar desde lo absoluto del Reino la 'verdad total' o la 'plena falsedad' de un determinado proyecto de escuela, no optamos por una pretendida 'neutralidad' que no es posible, de hecho, en política ni tampoco en educación.»

II. SE EDUCA DESDE EL PROPIO ESTILO DE VIDA

Ser cristiano adulto es haber recorrido un proceso de clarificación personal y comunitaria de la fe en Jesús hasta la opción vocacional (estilo, estado de

vida, ministerio) como creyente, pasando por la conversión a los valores del Evangelio de las Bienaventuranzas: Ser - Servir - Compartir.

El creyente adulto sabe desde la propia experiencia que la fe nace y madura en grupo que camina hacia la comunidad; seguir a Jesús es responder afirmativamente a la renuncia (relativización) de todas las cosas e iniciar un camino donde la iniciativa la tiene El a través de los gritos de los hombres de nuestro tiempo; y vivir la fe es aportar a la Iglesia y al mundo la actitud de servicio para responder con amor gratuito y generoso, pero también estructural a las carencias más profundas de nuestro tiempo.

Cuando se ha dado esta acogida del Reino de Dios en el propio corazón, y las Bienaventuranzas son el programa de vida, se puede educar desde la vida y para la vida. Educar, entonces, es compartir lo más preciado que se tiene: experiencias, opciones y proyectos.

Este dinamismo profundo de Dios en nosotros se manifiesta como la levadura o el grano de mostaza frente a la sociedad burguesa y consumista y frente al cristianismo convencional. En el terreno de lo concreto, el educador cristiano debería:

- Optar por un estilo de vida sencillo y libre que le permita compartir y solidarizarse con los demás pobres.
- Ubicarse preferentemente en las zonas y barrios más desatendidos, así como en los niveles educativos más marginados.
- Promover todo lo que signifique solidaridad, servicio, diálogo y humanización.
- Educar en las actitudes éticas contra la agresividad y la violencia, y estar presente en todos los movimientos y grupos de liberación: ecologistas, feministas, pacifistas, objetores de conciencia, antimilitaristas, desarme, reconciliación, etc.

Sólo quien ha descubierto en sí y en los demás el pecado y las estructuras de pecado puede enseñar a los demás el camino de esta tarea. Tarea que no es de estrategias, tácticas o puro voluntarismo; supone la experiencia del Dios personal y cercano en la historia de los hombres, es decir, en los signos de los tiempos, que escuchamos y discernimos de manera especial en la oración personal y comunitaria.

III. EDUCAR ES CONCIENTIZAR A LOS JOVENES EN LA SITUACION CONCRETA QUE VIVIMOS

El mundo juvenil y la escuela juegan un papel importante a la hora de idear el futuro más o menos utópico de la sociedad presente. En la década de los 60, época de pleno desarrollo —con lo que de ambiguo tiene este fe-

nómeno— para muchos países occidentales capitalistas, la juventud universitaria pasa de los problemas educativos a los laborales y exige por la fuerza un cambio radical del tipo de vida y sociedad que se tiene. El estudiante y el proletario se unen como única fuerza para reivindicar a la sociedad y pedir nuevos modelos de convivencia. Este fenómeno ha sido general y ha afectado también a los países socialistas.

A veinte años del inicio de este movimiento, podemos preguntarnos por el papel de la escuela y del profesor. ¿La escuela en que trabajamos es creadora de nuevos valores o somos repetidores del acerbo cultural recibido del pasado y al servicio de los intereses presentes?

La sociedad de la época tecnocrática ha generado un tipo de persona nihilista, pasota y consumista. El permisivismo no satisface a las personas y se resienten algunas estructuras básicas de funcionamiento y eficacia; por uno y otro lado se escuchan voces que piden un rearme moral a nivel social; frente a una sociedad dominada por el tener, el consumo y el poder, se aspira a una sociedad basada en el ser, compartir y servir que haga a los hombres y grupos más desfavorecidos iguales en las posibilidades y lo más próximos posible en el reparto de los bienes.

La comunidad fraterna que constituye el núcleo de la utopía cristiana pasa por esta aspiración a la justicia distributiva y sólo se puede vislumbrar desde esta realidad por incipiente que sea.

La L. G. E. de 1970 trataba de acomodar la explosión estudiantil y la nueva realidad española al desarrollismo técnico y económico. Se masificó la enseñanza, y profesores y alumnos entendieron la cultura como instrumento de triunfo social.

Al mismo tiempo, la cultura juvenil, con un evidente reduccionismo, unió verdad y futuro a la realidad joven; incluso los mismos adultos —por necesidad o interés— se vieron obligados a pensar y actuar en términos de «joven». Como dice Carlos Díaz, se ha llegado a un «ombligocentrismo de la juventud» y a una «cristalización de la posibilidad transitoria». Cerrarse en este momento de la vida es impedir el crecimiento del joven hacia la adultez que se traduce en términos de temor y trabajo.

Es cierto, también, que muchos grupos minoritarios, pero significativos, han reivindicado e intuido un nuevo ideal, una nueva utopía. Ahora bien, la utopía no se consigue porque se intuya, desee o perfile de manera teórica. Es necesario un proyecto que marque objetivos, articule medios, prevea dificultades y tenga sus mecanismos de revisión y ajuste. Si «hombre y mundo se constituyen mutuamente» (Freire), conciencia y sociedad están íntimamente relacionadas. Es necesario llegar a la conciencia llamada por Paulo Freire transitiva-crítica» para poder tener una percepción estructural de los problemas, ver las causas y consecuencias de los mismos y ser capaces de entablar un

diálogo constructivo y superador. «Sólo esta conciencia política puede hacer posible el inédito viable al enfrentar la conciencia con la situación límite»³.

Lo contrario de esta situación de lucidez es la situación de masificación que se vive y produce en la misma escuela, situación condicionada por la sociedad y perpetuada por los medios de comunicación de masas. A esta situación la podemos llamar sin ningún reparo alienación personal y social. Frente a esta situación generalizada, el educador cristiano debe educar concientizando a la gente respecto de la situación de despersonalización y manipulación que vive: «Educación como acción cultural liberadora que sea capaz de permitir que la conciencia oprimida extroyecte la conciencia opresora que en ella habita»⁴.

No estará de más recordar los pasos que el mismo P. Freire señala en el proceso de concientización:

- Toma de conciencia. Es el comienzo de la superación de la aprehensión espontánea de la realidad.
- La concientización no se puede quedar a nivel intelectual; la concientización no se puede dar fuera de la reflexión-praxis, es decir, no se da fuera del compromiso histórico.
- Conciencia de clase, es decir, provocar el proceso que a su vez resulta de la acción histórica de los hombres sobre la realidad.

El educador deberá tener muy presente las condiciones actuales del proceso educativo para que la educación sea auténtica⁵:

- «Toda acción educativa será válida si está precedida de una reflexión sobre el hombre y un análisis del medio de vida concreto del hombre a quien educamos.
- Se deberá, en consecuencia, reflexionar profundamente sobre la propia situación, sobre las circunstancias concretas que nos condicionan.
- Sólo así el hombre inicia un proceso de compromiso consigo mismo y con los demás, que le permitiría intervenir sobre la realidad en un afán de transformarla.
- En la medida en que un hombre integrado en un contexto reflexiona, se construye a sí mismo y llega a ser persona.

³ C. A. TORRES, «Conciencia y Revolución», *Rev. de CC. de la Educación*, n. 109, enero-marzo 1982.

⁴ P. FREIRE, «Acción Cultural Liberadora», *Rev. Víspera*, Montevideo, vol. II, 4.º 10, 1969, páginas 2-23.

⁵ Lectura del discurso pedagógico actual, Antonio J. Colom y colaboradores, Palma de Mallorca, 1979.

- En la medida en que esto se realiza, y así, en consecuencia, reflexiona y responde a los desafíos de su realidad, el hombre generará y creará cultura.
- Con ello, el hombre hará también historia.»

A la hora de educar, es decir, de concientizar, el educador cristiano no puede olvidar que el método es también contenido. El método más auténticamente humano y, por tanto, cristiano, es aquel que desarrolla en el alumno la posibilidad de saber, no la simple acumulación de datos; en este caso, el método es fundamentalmente actitud, y la ciencia es el conocimiento de la relación que como persona tenemos con la realidad. El alumno que aprenda a trabajar con este método se irá adentrando por el camino de la ciencia de una forma interdisciplinaria y como quien ejercita la propia conciencia, es decir, la reflexión, creación y praxis que son el dinamismo de la felicidad humana.

Otro aspecto nunca completamente armonizado es la conjunción educativa de la necesidad (realidad) y la libertad (aspiración); no se puede educar al niño o al joven fuera o al margen de la necesidad, pues produciríamos en él —como afirma C. Díaz— una «esquizofrenia ontológica o cultural». Se impone una educación para la libertad dentro del más sano realismo que se traduce en la pretensión de hacer todo lo que se pueda, contanto siempre con la presencia participadora del alumno en todo. Desde los primeros años de la escuela hay que educar al niño para la convivencia democrática propia de los países socioculturalmente más adelantados; pero lo específico del cristiano no es sólo la igualdad y la libertad; lo primero para el creyente es la fraternidad en la que se viven los demás valores. Y la fraternidad creada por el dinamismo del amor de Dios (cf. Jn 4, 7-21) que se ha derramado gratuitamente en nuestros corazones y nos congrega en la comunidad eclesial al servicio del Reino de Dios en el mundo. Por eso, la actitud fundamental del seguidor de Jesús, después del análisis crítico y personalizador de la realidad, es el servicio como instancia de vida y alternativa a las estructuras del mundo.

IV. EDUCAR ES POSIBILITAR UN NUEVO TIPO DE RELACIONES INTERPERSONALES

Las vivencias humanas fundamentales y, por tanto, la estructura de la personalidad surge en y del tipo de relaciones que los otros establecen con nosotros y las que establecemos nosotros con ellos.

El niño recién nacido experimenta en la acogida materna el contenido fundamental de lo que es ser persona. Sólo desde esta experiencia de amor y confianza el hombre puede llegar a sentirse responsable y a proyectarse como persona adulta en el amor gratuito. En el mismo clima familiar, en la

relación paterno-filial, el niño descubre también que el amor puede conseguirse y perderse. A través de respuestas ciertas y fallidas y desde experiencias estructurantes prerracionales, el niño va descubriendo progresivamente cómo hacer para no perder el amor de sus padres.

Las experiencias vividas se objetivan en un segundo momento de forma intuitiva y después de manera consciente como valores que orientan y controlan los comportamientos que terminan estereotipándose socialmente al ser transmitidos por las instituciones encargadas de socializar al niño. En la convivencia familiar y posteriormente en la escuela, así como en los restantes grupos e instituciones, el ser humano aprende a superar el propio egoísmo y a salir al encuentro cooperador y altruista con los demás; por ello, la confianza básica y radical en sí mismo y en los demás es fundamental. Por el contrario, la falta de relaciones interpersonales cierra todos los caminos al crecimiento personal. El amor no es un dinamismo que dependa de la razón o de la voluntad. Lo que se hace se debe sentir; la comprensión del mundo, la cosmovisión de la vida e historia y la imagen de Dios están determinadas por el tipo de relaciones en que la persona va creciendo. No podemos olvidar que las relaciones son como son percibidas por el sujeto que las padece; no se pueden definir primariamente por la intencionalidad de quien las establece, sino más bien por el modo afectivo de experimentarlas.

El desarrollo personal se da en el paso de la necesidad de sentirse amado a la capacidad para entregarse a los demás. En este proceso, la figura del profesor y del tutor es insustituible. La experiencia relacional fundamental es recibir y dar; lo que se da y/o recibe no son cosas, sino lo más específicamente humano que tenemos: la persona que ama y ayuda a crecer. E. Fromm resume así diferentes etapas en la maduración del amor humano: «El amor infantil sigue el principio: 'Amo porque me aman'. El amor maduro obedece al principio: 'Me aman porque amo'. El amor inmaduro dice: 'Te amo porque te necesito'. El amor maduro dice: 'Te necesito porque te amo'»⁶.

Para que el joven finalista que se educa en nuestras aulas pueda llegar a tener la iniciativa de crear relaciones sanas que hagan felices a los otros y les ayuden a madurar es necesario que él las haya vivido previamente. Aquí está uno de los retos principales que tiene planteado la escuela. La persona moralmente madura es la que es capaz de amar a todos los seres humanos sin exclusividad alguna; este amor fraternal supone sentido de responsabilidad, cuidado, respeto y conocimiento con respecto a cualquier ser humano.

El tipo de sociedad capitalista que promueve el producir y el consumir no potencia las relaciones interpersonales y produce un tipo de hombre que busca la compensación y el refugio en el placer evasivo y superficial.

⁶ *El arte de amar*, Ed. Fondo de cultura económica, p. 54.

Educar es facilitar al otro el que sea él mismo; cada uno se percibe e identifica consigo mismo en relación con y para alguien. El deseo de ser como el otro nace del amor que siento por él; esto se produce cuando, a través de la relación, lo que le acontece al otro me afecta a mí, es decir, lo siento como propio. Siguiendo a E. Fromm, podemos decir que la distinción entre tener y ser como dos modos de estructurar la personalidad es, juntamente con el amor a la vida y la integración de la muerte, el problema más crucial de la existencia. La experiencia interrelacional condiciona la configuración de los caracteres de los individuos y también de los tipos sociales. Tener y ser indican dos modos fundamentales de la existencia, cuyo predominio determina la totalidad del pensamiento, de los sentimientos y de los actos de la persona.

El laico católico que desarrolla su actividad en un centro plural debe presentar denodadamente su alternativa en puntos muy concretos y significativos, tanto en el desarrollo de sus actividades normales a nivel de clase como en los órganos pedagógicos y directivos del centro. Valgan como ejemplo algunos interrogantes, no por sabidos menos urgentes de resolver:

- ¿Nuestro estilo educativo hace que los alumnos se sientan afectados por lo que estudian o, más bien, se limitan a acumular conocimientos?
- ¿La lectura de los libros nos pone en contacto con la naturaleza del hombre ¿Enseñamos a los jóvenes a dialogar con los autores de los libros y a criticar sus posturas?
- ¿Qué tipo de memorización empleamos en las clases: la que se ejerce al relacionar datos nuevos con otros que se evocan o la que es repetición de lo acumulado?
- ¿El quehacer intelectual que desarrollamos lleva a la búsqueda de la verdad y la práctica del amor en la praxis transformadora?
- ¿Nuestros alumnos se sienten solidarios de los más pobres y necesitados? ¿Entienden la vida como entrega y servicio en el que la persona se da de forma gratuita y desinteresada?
- ¿Nuestra experiencia de creyentes manifiesta un Dios personal y cercano que nos comprende y estimula?
- ¿En nuestras aulas aprenden los niños, adolescentes y jóvenes a ser persona desde la experiencia de libertad y participación? ¿Se sienten personas por lo que son y ofrecen y no por lo que poseen?

V. EDUCAR PARA LA IGUALDAD Y LIBERTAD ⁷

Vivimos en un mundo en el que la mayoría de las personas no ejercen ninguna decisión real sobre los grandes aspectos de la vida humana. La econo-

⁷ Cfr. ALBERDI, *Hacia una economía humanística*. X Jornadas de Pastoral Educativa, SPX, páginas 93-114.

mía es uno de los campos en que el predominio de la técnica, los intereses de las clases y grupos de poder y la falta de participación real hace que la deshumanización aparezca de forma más descarnada. Nunca como hoy —tanto en los países socialistas como capitalistas— necesitamos una reestructuración de la economía para que sea más humana, es decir, que se piense, estructure y desarrolle al servicio del hombre. Afirmar el valor absoluto del hombre en economía significa que no se puede utilizar al hombre como medio en ningún momento, que la persona ha de ser principio y fin de toda la vida económica y que el trabajador en el ejercicio de su profesión ha de encontrar la originalidad y creatividad que necesita para sentirse y realizarse como persona.

Como creyentes no podemos afirmar el carácter comunitario del hombre como una necesidad para satisfacer las necesidades que individualmente no se pueden cubrir; si así pensáramos no podríamos ocultar el egoísmo de quien está bien situado y dispone de medios y poder. El «otro» es la primera y común necesidad que tiene todo hombre; es decir, lo comunitario pertenece a la misma definición de la esencia del ser humano. Hay que educar a los jóvenes de hoy para que sepan analizar el modelo económico que viven, así como las posibles alternativas, y para que sepan cuestionar desde el Evangelio de los Pobres qué opciones están más cerca de la «justicia» de la Buena Nueva. Analizar un modelo económico es combinar adecuadamente los adelantos científico-técnicos, las normas jurídicas vigentes, la búsqueda de la justicia y la tensión hacia la utopía que trasciende la diversidad concreta y busca la integración de los elementos dialécticos en la totalidad. Se trata, pues, de jugar con el ser, el deber ser y el poder ser, sin que ninguno de los elementos polarice la acción. Si éste es el juego de la política, también es la acción crítica de la razón y el realismo de la fe.

Responsable de sus decisiones sociopolíticas y con la urgencia de preparar a las nuevas generaciones para un mundo más justo y humano, el educador con sus alumnos tratará de responder a las siguientes preguntas:

- ¿Qué debemos producir?
- ¿En qué cantidad se debe producir cada cosa?
- ¿Con qué finalidad se produce?
- ¿Para quién se produce?
- ¿Qué condiciones inhumanas existen en el proceso de producción?

La ciencia y la técnica que articulan el sistema económico en que como pieza de una gran maquinaria va a terminar el alumno aprendiz de hoy, no son neutrales y facilitan la pérdida cualitativa de lo humano. Esta carencia se debe al predominio de lo cuantitativo sobre lo cualitativo y a la división de los trabajadores entre los que deciden lo que hay que producir o vender,

y los que realizan de forma mecánica e impositiva lo planificado. Esta sujeción les proporciona el dinero que constituye el poder adquisitivo para poder consumir lo previsto por los mismos centros de poder económico que controlan la producción. Unos y otros, empresarios y obreros, están alienados porque no son creativos ni desarrollan su personalidad.

La pregunta que como educadores en la sociedad y para la sociedad tenemos que formularnos continuamente es: ¿qué tipo de comunidad de trabajo queremos?

El ideal evangélico de la fraternidad universal únicamente es posible si se reconoce a Dios como Padre y a los hombres como hermanos. Las desigualdades injustas, es decir, de posibilidades, expresan el dominio de unos hombres por otros y la necesidad real de un cambio en profundidad.

La realidad de la que partimos hacia este ideal es francamente negativa. No por ello tenemos que admitirla sin juzgarla; no podemos enseñar a los jóvenes a instalarse acríticamente en un mundo injusto. No significa tampoco ignorar los peligros, tensiones y dificultades; la igualdad y la fraternidad a la que se aspira no excluye la diversidad y tensiones propias de todo pluralismo que debidamente integrado es fuente de creatividad.

Al perfilar la sociedad del futuro no podemos quedarnos en ser meros moralizadores de la vida individual o de algunas parcelas de la misma; el aspecto económico también entra como un elemento más, y a veces como el condicionante de otros muchos. El cambio no surge por generación espontánea, ni viene dado sin más; hay que realizarlo entre todos, previo análisis de las dificultades que se van a presentar. Así, poco a poco, se irá transformando el conjunto que será más humano y, por tanto, más cristiano. La lucha no es contra personas, sino contra las estructuras radicalmente injustas e insolidarias.

Testimoniar la calidad cristiana y el sentido comunitario de la salvación de Dios supone afirmar que la igualdad entre los hombres pasa necesariamente por un reparto más equitativo de los bienes. El ámbito de aplicación de este principio debe ir desde el individuo, próximo o lejano, a la comunidad local, regional, nacional e internacional. Lo cristiano pasa por encima de las limitaciones negativas de los nacionalismos cerrados e insolidarios y del tipo de familia individualista y burguesa que tenemos.

Criterios que el laico católico debe tener presente a la hora de educar hoy según la Doctrina Social de la Iglesia. El orden en que se enumeran los criterios es significativo:

- La distribución de los bienes no puede dejar a ningún sector sin las necesidades primarias satisfechas.
- El sistema económico debe ir eliminando progresivamente las diferencias excesivas entre regiones, grupos, clases y profesiones.

- Los bienes económicos percibidos deben ser suficientes para atender a las necesidades individuales y familiares.
- El rendimiento económico del sistema vigente en un país es un criterio más, pero no el único, y menos el primero o principal.
- Se necesita la intervención estatal para corregir la economía de mercado y la diferencia de posibilidades reales de las fuerzas sociales.
- A la hora de estructurar los mecanismos correctores hay que hacerlo de tal forma que se beneficie más el que más lo necesita, sin perjuicio grande de la eficacia del sistema.
- Es necesario un cambio ético como consecuencia del análisis económico (cf. Informes económicos del Club de Roma).

Hay que decir muy alto a los jóvenes que querer cambiar la sociedad sin realizar al tiempo un cambio personal profundo es una tarea ilusoria y poco comprometida; en toda tarea humana la revisión del estilo de vida y la conversión de mente y corazón es imprescindible. El tipo de sociedad futura, autogestionaria y no jerarquizada por clases e ingresos —que los jóvenes más inquietos desean— no es posible sin un grado de responsabilidad mayor por parte de los mismos jóvenes; sin la asunción de compromisos concretos, todos los proyectos resultan ineficaces por muy radicales que sean en su presentación.

A los educadores nos toca la labor de mantener viva la utopía y el ayudar a concretar los medios y estrategias que posibiliten un mayor compromiso por parte de los jóvenes y un cambio de estructuras.

Conviene también que digamos a los jóvenes que la situación de crisis, carencias, paro y desigualdades perdurará mucho tiempo, y que esto exige otra disciplina, colaboración solidaria y ordenamiento más rígido para ser más eficaces. ¿No somos todos un poco incongruentes cuando criticamos el sistema actual, no admitimos el esfuerzo que nos toca y en la práctica seguimos instalados en la sociedad de consumo?

VI. EL CENTRO EDUCATIVO: PLATAFORMA DE EVANGELIZACION

Decía Pablo VI en la carta apostólica *Evangelii Nuntiandi* que los ámbitos donde las personas se reúnen para cualquier actividad cultural es plataforma para poder evangelizar, es decir, para poder convocar a los jóvenes interesados por los problemas y aconteceres humanos a una experiencia de sentido nueva y capaz de cambiar el rumbo de su existencia.

El cristiano, como ningún otro, debe estar presente en la realidad para transformarla. La transformación viene sugerida por los signos de esperanza que se descubren tras la lectura crítico-creyente de la realidad. No hay evangeli-

zación sin encarnación en las situaciones de dolor y opresión; los marginados y necesitados son el lugar privilegiado para la escucha de la Palabra de Dios y la práctica del compromiso cristiano. Esta tarea, a la que el creyente se siente enviado por el Señor, Jesús, no se puede hacer en solitario; necesitamos un grupo comunitario en el que vivir, celebrar la fe y discernir el compromiso.

Para sentirse testigo de la fe y evangelizador en el ámbito estudiantil es necesario sentir la vida como el lugar de la fe y hacer lo posible para que este mundo cambie desde la solidaridad.

A qué puede convocar el laico católico a sus alumnos: ⁸

- A una experiencia de grupo en que los jóvenes y su proceso vital sean los protagonistas.
- En este grupo deben ser posibles las relaciones interpersonales profundas, a través de las cuales el joven se identifica consigo mismo, descubra al otro y vaya discerniendo su opción profesional-vocacional.
- A ser persona superando el egoísmo y a descubrir en Jesús de Nazaret el hombre nuevo.
- Al grupo donde prime la pedagogía activa, la reflexión, el análisis crítico y el compromiso transformador de la realidad.
- Ayudarles a sentirse presentes en la realidad con sentido evangelizador. Supone asumir la solidaridad para hacer comunidad y construir el Reino de Dios.

En este proceso post/paraescolar —tan importante o más que la actividad escolar para un educador cristiano— se inicia a los jóvenes a las experiencias fundamentales de las comunidades cristianas de los primeros siglos, que se llamaba Catecumenado:

- Conocer la propia situación y la del medio ambiente, causas que la originan y consecuencias que se siguen.
- Vivir experiencias que les resulten nuevas y les abran a nuevas dimensiones de la existencia humana comprometida desde la fe. La oración, análisis de la realidad y revisión de vida deben ser las fundamentales en el proceso grupal.
- A la fe en Jesús de Nazaret y a la comunidad cristiana.
- Un proceso de maduración vocacional para tratar de:
 - Ver la acción de Dios en la propia vida.
 - Entender la existencia en clave de servicio liberador.

⁸ Cfr. *Iniciación a la militancia evangelizadora*. JEC, Madrid.

- Celebrar - sacramentalizar la existencia humana y encontrarse allí con el Misterio.
- Convocar a otros a recorrer el proceso que uno ha vivido: «los jóvenes evangelizadores de los jóvenes».
- Intensificar la formación personal con encuentros de profundización teológica, humana, dinámica de grupos, etc.

Alguno se podrá preguntar: ¿A qué viene esta propuesta en un centro pluralista y sin ideario cristiano? Es fácil de entender; toda acción catequética debe realizarse en la comunidad, desde la comunidad y para la comunidad. Aunque no lo hemos dicho explícitamente, el laico católico debe vivir comunitariamente su fe; desde ahí realiza su trabajo y ministerio de educador. En la plataforma juvenil que es el centro convoca —sin interferir las actividades escolares— a vivir la experiencia de fe que él tiene. Esta actitud decidida y un tanto nueva en nuestro país, puede resultar bastante más significativa que la labor religiosa tradicional realizada por religiosos y religiosas desde los centros confesionales cristianos.

Según el decreto conciliar *Apostolicam Actuositatem*, el laico tiene el derecho y el deber propio por el Bautismo y la Confirmación de ejercer el apostolado. La pastoral dentro de la eclesiología del Vaticano II no se entiende como actividades más o menos esporádicas con un carácter piadoso o de beneficencia, sino como un proceso que parte de la conversión inicial y termina en la opción vocacional pasando por el catecumenado de la vida cristiana⁹.

Es decir, se trata de optar por acompañar un proceso en el que el adolescente y joven va madurando su ser cristiano; esto requiere un ámbito específico definido por un grupo reducido, con profundos lazos de conocimiento y comunicación personal, aceptación recíproca, y por el que opta tras conocer las exigencias propias de un grupo catecumenal.

Este ministerio catequístico es el complemento insustituible de la labor del educador cristiano en el ámbito escolar. Construir la Iglesia y promover un tipo de persona y comunidad que sea alternativa del tipo de sociedad que nos toca vivir no se puede hacer —aunque sea mucho lo que se consigue— desde un humanismo cristiano estrictamente abordado con la inteligencia en los ámbitos académicos. Lo más urgente que nos reclama la eclesiología y pastoral del Vaticano II es la animación de grupos catecumenales que renueven las comunidades cristianas locales.

⁹ Cfr. A. G., nn. 13-15.

VII. OTRAS SUGERENCIAS CONCRETAS PARA REALIZAR EN LA ESCUELA EN QUE ESTA EL LAICO CATOLICO

- 1.º El problema formativo fundamental del profesor y del alumno es el de prepararse para la autogestión en su sentido más profundamente humano y no sólo técnico. ¿Cómo hacer? La base de la autogestión no es organizativa; es un modo de ser y situarse en el grupo que nos toca vivir. Supone optar por un estilo de ser persona que deje el individualismo y coloque en primer lugar todo lo que afecta al grupo en el que uno se encuentra inmerso.

Si la escuela ha de preparar para la convivencia y el cambio hacia la utopía social, se impone que en la misma escuela se vea y viva aquello para lo que se prepara. Esta preparación no ha de ser sólo a nivel de contenidos, pues sabemos que el método también es contenido. Si la escuela debe preparar para una sociedad autogestionada, debe ser una escuela autogestionada en su mismo ser y desarrollo.

Cada uno debe tener posibilidad de decidir en la medida en que se implique y arriesgue en el trabajo que lleve entre manos, es decir, en la tarea común de ayudar a las personas a asumir sus propios valores, posibilidades y responsabilidades. Nuestro modelo es el Evangelio de Jesús de Nazaret y la comunidad cristiana en que está vivo y que quiere ser modelo de libertad, igualdad, fraternidad y servicio.

- 2.º Cualquiera que sea el centro escolar en que uno se encuentre debe tener la posibilidad, —tanto a nivel de profesores como de alumnos de los últimos cargos—, de analizar las cuestiones socio-políticas que afecten a la realidad que se está viviendo. Se trata de un análisis real, operativo y sugerente que lleve, en la medida de lo posible, a compromisos concretos.

El hecho de que estos temas se traten con metodología de seminario, no significa que deba estar ausente la sistematicidad científica.

- 3.º Dada la capacidad de decisión futura que van a tener muchos de los jóvenes que hoy se sientan en las aulas de los centros educativos, la elaboración y desarrollo de un «Plan para la promoción de la justicia» contribuiría a sensibilizarnos ante los problemas humanos y ayudaría a formar personas más próximas y solidarias con todos aquellos que a nivel nacional o internacional padecen la falta de lo mínimo imprescindible. Para el cristianismo, la vivencia de la justicia, la caridad y la misión en otras tierras pertenece a la misma esencia de su ser creyente.
- 4.º En la orientación profesional -vocacional no se debe tener únicamente en cuenta las actitudes y gustos preferenciales del sujeto. Hacer este reduccionismo es potenciar el tipo de hombre individualista e insolidario. Es urgente mostrar a los jóvenes finalistas las necesidades sociales a las

que pueden responder según sus posibilidades. La formación ética profesional que lleva a la ayuda desinteresada al necesitado y al testimonio de lo que es preocuparse y trabajar por el otro puede solucionar problemas de todo tipo, sobre todo aquellos en que la solución técnica y económica no es lo principal.

- 5.º Potenciación de todo tipo de asociacionismo y ámbitos comunitarios que puedan ser pautas de referencia para el joven, tanto a la hora de reflexionar como de trabajar o de compartir su vida.

Dentro del mismo centro se deben potenciar los pequeños grupos de profesores, padres, alumnos, etc., donde se pueda vivir el proceso catecumenal de llegar a ser persona adulta cristiana. Estos grupos son los espacios de talla humana donde se puede profundizar, interiorizar y socializar las experiencias fundamentales de lo que es ser persona. Sólo cuando esta realidad comunitaria sea un hecho podremos decir que el Reino de Dios está empezando a ser realidad en el mundo juvenil escolar.